RELACIÓN PRESBITEROS-LAICOS: COMPLEMENTARIEDAD E INSERCIÓN SOCIAL

Autores: *Juan Antonio Paredes Muñoz. Delegado del M.C.S. de la diócesis de Málaga.*
Alfonso Fernández Casamayor. Rector del Seminario Mayor de Málaga.

Fundamentan los autores dicha relación en el pueblo, sujeto de la misión, no simple objeto de la misma, en el sacerdocio común, en los carismas. En el sacerdocio común de los fieles como base para el sacerdocio ministerial, que está al servicio del pueblo y cuyo 'poder' está en función de la 'ayuda' al mismo. La comunión que genera la santidad procede del mismo dinamismo trinitario. Ésta impulsa además a la 'misión'. Misión que propicia el encuentro de Dios con los hombres en comunión dinámica.

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v46i157.1036>

1. Introducción

Quisiéramos centrar este estudio en un aspecto del tema global del laicado. Del enunciado, deducimos que se nos pide una reflexión sobre las relaciones presbíteros-laicos de carácter eminentemente práctico. Este planteamiento nos lleva a no abundar en el aparato crítico, que podría distraer la atención de un enfoque más pastoral. Vamos a presentar, pues, algunos aspectos de la cuestión que podrían exigir una atención privilegiada en nuestro momento presente.

a) La *fundamentación teológica* del tema se abordó de forma

explícita y con amplitud de información en el congreso sobre Espiritualidad sacerdotal. Remitimos a la bien documentada comunicación de José María Imízcoz, en la que se presenta la relación presbítero-laico desde diversos ángulos teóricos, con gran riqueza de detalles que ayudan a entender cuál era el estado de la cuestión en ese momento¹. Pensamos que sus planteamientos siguen siendo válidos todavía.

b) A nuestro entender, la teología ha llegado a una serie de afirmaciones básicas comúnmente compartidas y, como no podía ser menos, sólidamente fundadas en nuestra Tradición de fe, como la interpreta y sanciona el Magisterio más reciente. Pensamos que las dificultades actuales son, más que doctrinales, de carácter práctico. Al menos, por lo que atañe a la gran mayoría del Pueblo de Dios en nuestros ambientes.

2. Fundamentos teológicos que subrayamos

Antes de adentrarnos en lo que el presente estudio puede tener de novedoso, queremos reafirmar algunas cuestiones que constituyen las bases teológicas imprescindibles de las que hay que partir.

*Pueblo de
Dios sujeto
de la misión,
enviado
como luz y
sal*

2.1. El Pueblo de Dios como *sujeto unitario* de la misión. La presentación de la Iglesia como Pueblo de Dios es una de las ideas más fecundas del Vaticano II. Nos dice el Concilio que este pueblo mesiánico “es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación”, y que Cristo ha hecho de él “una comunión de vida, de amor y de unidad y lo asume también como instrumento de redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra”². Esta presentación “es el punto de convergencia del discurso sobre la Iglesia en cuanto misterio y en cuanto sujeto histórico verda-

¹ IMÍZCOZ, José María. *La relación presbítero-laico*, en Comisión Episcopal del Clero, Espiritualidad sacerdotal. Congreso. Madrid, 1989, págs. 453-503. Desde el punto de vista de la formación permanente e integral de los presbíteros, también se abordó el tema en el Simposio de 1998. Cf. A. Fernández Casamayor, *La formación de los laicos como exigencia de formación para los presbíteros*, en Comisión Episcopal del Clero, *La formación permanente de los sacerdotes*. Simposio. Madrid 1992, págs. 291-321.

² *Lumen gentium*, 9. Cf. También n° 31 y 32.

dero y propio, y, en base a ella, el 'corpus christianum' pasa de ser considerado como puro destinatario del ministerio jerárquico, a sujeto de la misión de la Iglesia"³.

A reforzar esta presentación del Pueblo de Dios como sujeto unitario de la misión, contribuye la realidad enjundiosa del sacerdocio común de los fieles, por la que los bautizados "quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo para que ofrezcan, a través de las obras propias del cristiano, sacrificios espirituales y anuncien las maravillas del que los llamó de las tinieblas a la luz admirable"⁴. Es decir, "en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde"⁵. La innovación de Cristo con relación al Antiguo Testamento es que se pasa de un esquema de separación entre el sacerdocio y el pueblo, a una realidad de comunión y de participación solidaria del único sacerdocio de la Nueva Alianza.

Este Pueblo mesiánico, nos dirá la *Lumen gentium* "participa también del carácter profético de Cristo". Además, el Espíritu Santo "reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier estado o condición y distribuye sus dones a cada uno según quiere para el bien común (1Co 12,11). Con estos dones hace que estén preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia"⁶.

Así, estos tres elementos (Pueblo de Dios, sacerdocio común y carismas) refuerzan los elementos que hacen a todo el Pueblo de Dios sujeto unitario de la evangelización. Como afirma la reciente *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes*, "del misterio de la Iglesia nace la llamada dirigida a todos los miembros del Cuerpo místico para que participen activamente en la misión y edificación del Pueblo de Dios en una comunión orgánica, según los diversos minis-

Pasamos de un esquema de separación a una realidad de comunión

³ DIANICH, S, *La relación del presbítero en la comunidad*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*. Simposio. Madrid, 1987, pág. 349.

⁴ *Lumen gentium*, 10.

⁵ *Ibidem*, 31.

⁶ *Ibidem*, 12.

*"Misión"
a realizar
en nuestro
contexto*

*Valorización
del sacerdo-
cio bautismal
de los laicos*

terios y carismas". Además, "en las últimas tres Asambleas generales ordinarias del Sínodo de Obispos, se ha reafirmado la identidad en la común dignidad y diversidad de funciones propias de los fieles laicos, de los sagrados ministros y de los consagrados..."⁷.

2.2. *Diferencia esencial entre sacerdocio ministerial y el sacerdocio común.* Esta una y única Iglesia, "por voluntad de Dios está organizada y dirigida con una diversidad admirable", dice también el Vaticano II⁸. Y de igual forma que existe "una auténtica igualdad en cuanto a la dignidad y a la acción común de todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo", algunos miembros son constituidos por voluntad del mismo Jesucristo "doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás"⁹. Son quienes han recibido, por el sacramento del Orden, el sacerdocio ministerial, que "difiere esencialmente del sacerdocio común de los fieles porque confiere un poder para el servicio de los fieles"¹⁰.

Esta diferencia, lejos de distanciar a quien recibe el sacerdocio ministerial de los cristianos laicos, le une más a ellos, pues "sea el sacerdocio común de los fieles, sea el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo de grado, se ordenan sin embargo el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. Entre ellos se tiene una eficaz unidad porque el Espíritu Santo unifica la Iglesia en la comunión y en el servicio y la provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos"¹¹. Sin el sacerdocio común, el sacerdocio ministerial pierde su utilidad y su misma razón de ser.

El sacerdocio ministerial aparece situado en el seno de la Iglesia, concebida como un cuerpo diversificado, en el que todos los miembros son sujeto activo de la edificación del Reino, aunque algunos hayan recibido del Señor un servicio de unidad. El Pueblo de Dios es la tierra fértil en que puede fructificar el sacerdocio ministerial, y el pres-

⁷ Instrucción de 15 de agosto de 1997. Premisa

⁸ L.G., 32.

⁹ Ibid., 32.

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1592.

¹¹ Instrucción de 15 de agosto de 1997, 1.

bítero tiene que situarse en la comunidad como hermano entre sus hermanos¹². El don recibido por el sacramento del Orden “no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero, por medio de él, los presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercer con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido”¹³.

2.3. *En la Iglesia comunión*. Nos recuerda el Vaticano II que “la Iglesia universal se presenta como un pueblo congregado en la unidad del Padre del Hijo y del Espíritu Santo”, y que esta unión profunda procede del Espíritu de vida, que habita en la Iglesia, la construye sin cesar y la une en la comunión y el servicio”¹⁴.

Jesucristo hizo de la Iglesia una comunión de vida, de amor y de unidad¹⁵. La hizo y la sigue haciendo por el Espíritu Santo, que “realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el principio de la unidad de la Iglesia”¹⁶. Podemos decir que la Iglesia es la *prolongación de la comunión trinitaria en nuestra historia*. Dios Trinidad habita en nuestros corazones y se adueña de ellos, y en la medida en que acogemos su amor y participamos de su vida, reproducimos en nuestras comunidades la imagen de la comunión trinitaria.

*Iglesia =
prolonga-
ción de la
comunión
trinitaria en
la historia*

El sacerdocio ministerial es signo e instrumento de Cristo mediador, para introducir a los hombres en la comunión con Dios, que es fuente de la comunión fraterna. “No sólo ofrece al creyente la ocasión de unir la propia existencia a la de Cristo; es también función suya estructurar el Cuerpo de Cristo, creando una unidad, una comunión”. De ahí la necesidad de que esté imbuido de un fuerte dinamismo espiritual de comunión.”¹⁷.

¹² Cf. BLAZQUEZ, R., *La relación del presbítero con la comunidad*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*. Simposio, Madrid 1987, págs. 290-291.

¹³ JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 17.

¹⁴ L.G., 4.

¹⁵ Cf., id 9.

¹⁶ *Unitatis redintegratio*, 2.

¹⁷ VANHOYE, A, *Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del Presbítero...*, 81.

Nuestra comunión con Dios es un proceso dinámico que vamos viviendo desde la debilidad. Y tanto el carácter dinámico de nuestra comunión con Dios como la debilidad con que acogemos la vida divina, se reflejan luego en las relaciones mutuas: de unos hermanos con otros y de unos ministerios con otros. Asumir esta pobreza sin conformismo, pero con profunda paz, significa dar un paso de muy gran alcance.

Es decir, que la fuente última de la comunión y de la armonía entre presbíteros y cristianos laicos depende de nuestra fidelidad al Espíritu, de nuestra santidad de vida. No es sólo, ni primordialmente una cuestión de interés. Antes que un logro nuestro, es un don que tenemos que acoger.

Por otra parte, al tratarse de una realidad dinámica, nunca encontraremos la respuesta definitiva. Más bien, tenemos que mantenernos en un equilibrio siempre abierto y provisional en el que irán surgiendo desajustes y conflictos que nos ayuden a mantenernos vigilantes y en actitud de búsqueda, combinando de manera sabia la reflexión con la conversión.

2.4. *Para la misión.* “La comunión y la misión, dice Juan Pablo II en *Christifideles laici*, están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión. Siempre es el único e idéntico Espíritu el que convoca a la Iglesia el que la envía a predicar el Evangelio ‘hasta los confines de la tierra’”¹⁸.

“La Iglesia existe para evangelizar”, dijo Pablo VI¹⁹. Y esta misión deriva de su ser profundo, de su misma naturaleza, pues es “como un sacramento o signo e instrumento de unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”²⁰. Por eso se siente enviada a continuar la misma misión de Jesucristo para el mundo.

En esta misión de la Iglesia, tienen un papel muy importante los seglares, pues “el Señor confía a los fieles laicos, en comunión con todos los demás miembros del Pueblo de Dios, una gran parte de responsabilidad... (Y como dice el Concilio), ‘los sagrados pastores saben muy bien

¹⁸ JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 32.

¹⁹ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 14.

²⁰ *Lumen gentium*, n.1.

cuánto contribuyen los laicos al bien de toda la Iglesia. Saben que no han sido constituidos por Cristo para asumir ellos solos toda la misión de salvación que la Iglesia ha recibido con respecto al mundo”²¹. Y la Conferencia Episcopal Española ha llegado a decir que “la nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos o no se hará”²².

2.5. *En el mundo*. Empecemos diciendo que la Iglesia misma es secular, pues –son palabras de Pablo VI– “tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo encarnado”²³.

La Iglesia no es el mundo, pero es “una instalación salvífica de Dios en el mundo, en los mundos de los hombres. El encuentro de Dios con el hombre se sitúa en la tierra de los hombres, de forma que el mundo no es algo extraño a la Iglesia o exterior a ella, sino la concreción histórico-cultural en la que los hombres viven la comunión con Dios y la comunión entre sí”²⁴.

*El encuentro
se sitúa en
la tierra de
los hombres*

Nos dice el Concilio que “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón”²⁵. De modo que el mundo constituye una de las coordenadas de la Iglesia. Y es misión propia de los seglares “dedicarse con empeño a que los bienes creados por el trabajo humano, por la técnica y por la civilización se desarrollen según el plan del Creador y la iluminación de su Verbo al servicio de todos los hombres (...). Juntando también sus fuerzas, han de sanear las estructuras y condiciones del mundo, de tal forma que, si alguna de sus costumbres incitan al pecado, todas ellas sean conformes con las normas de la justicia y favorezcan en vez de impedir la práctica de las virtudes”²⁶.

*El mundo
constituye
una de las
coordenadas de la
Iglesia*

“Es cierto, dice Juan Pablo II, que la Iglesia tiene como fin supremo el reino de Dios, del que ‘constituye en la tierra germen e inicio’,

²¹ JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 32.

²² CEE, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, n. 148.

²³ PABLO VI, *Discurso a los miembros de los Institutos seculares* (2-12-72).

²⁴ TRUJILLO, L., *Relaciones propias del presbítero y su espiritualidad*, en *Comisión Episcopal del Clero, Espiritualidad sacerdotal*. Congreso. Madrid 1989, págs. 163-168.

²⁵ *Gaudium et spes*, 1.

²⁶ *Lumen gentium*, 36.

y está, por tanto, totalmente consagrada a la glorificación del Padre. Pero el reino es fuente de plena liberación y de salvación total para los hombres: con estos pues, la Iglesia camina y vive, realmente y enteramente solidaria con su historia"²⁷. Pues como dijo san Ireneo, "la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios"²⁸.

Esta cuestión resulta particularmente importante, pues si ayer era la Iglesia la que trataba de separarse del mundo, hoy es el mundo el que trata de separarse de la Iglesia, relegando la fe cristiana –y la religión en general– al ámbito de lo privado y de lo irracional.

3. Nuestro contexto eclesial y social.

En el terreno de los principios teológicos parece que está bastante asumido el papel de los cristianos laicos en la Iglesia. Sin embargo, la conciencia real del lugar específico en la Iglesia y en el mundo es todavía muy insuficiente. Por eso las dificultades proceden, en gran medida, de la práctica diaria. Sin ánimo de señalar todas las dificultades, vamos a fijarnos en algunas que parecen más frecuentes.

Escasa conciencia del lugar específico en la Iglesia y en el mundo

1) La voz de los cristianos laicos sigue teniendo poco peso en la marcha de la Iglesia. Durante el Sínodo de Obispos del año 1987 algunos padres pidieron que "a nivel de Conferencias Episcopales, se habilite un 'foro' para el laicado en el seno de las mismas como ya se ha hecho en algunas con resultados positivos para la comunión eclesial"²⁹. Es verdad que existe el Foro de Laicos, pero su peso específico es muy pequeño. Y en la mayoría de las Diócesis no acaban de arrancar los Consejos de Pastoral, que tengan su base en las parroquias.

2) No es infrecuente el fenómeno del párroco que vive su ministerio más desde el personalismo y la ideología propia que como que como un servicio a una comunidad que tiene ya su camino hecho. Su

²⁷ JUAN PABLO II, *Chirifideles laici*, 36.

²⁸ SAN IRENEO, *Adversus haeresses*, IV, 20, 7.

²⁹ IMIZCOZ, J.M., *La relación presbítero laico, en Comisión Episcopal del Clero, Espiritualidad sacerdotal*. Congreso. Madrid 1989, pág. 481.

llegada significa un cambio muy profundo en la marcha de la parroquia. Es una forma de no tomar en serio la Iglesia comunión y de desalentar a los seglares más preparados y responsables.

3) Por parte de los seglares, existe buena voluntad, pero la falta de preparación impide que puedan asumir tareas que superan sus posibilidades. No es infrecuente que unos recurran a cierto talante reivindicativo para disputarse el espacio y que otros se refugien en las tareas litúrgicas que resultan menos comprometidas a primera vista.

4) El número exiguo de presbíteros, que hoy es lo habitual en muchas Diócesis, no siempre se ha visto compensado por una reestructuración de la vida parroquial. Los sacerdotes, muy entrados en años y sobrecargados de trabajo, apenas dedican tiempo a la promoción de un laicado adulto y responsable. Se ven obligados a limitarse a ir saliendo del paso.

*Falta de
preparación
y de com-
promiso en
los laicos*

5) El compromiso cristiano en los ambientes nunca ha sido fácil. Pero hoy se ve rechazado también por una forma de pensar muy propia de nuestras democracias, que relega la religión al campo de lo privado y de lo irracional. (Ni siquiera se le concede el derecho a una palabra sensata en el campo de la ética. Esto ha llevado a que muchos cristianos se enrolen en los “nuevos movimientos”, que ofrecen un clima humanamente más cálido).

6) La mentalidad dominante rechaza como anacrónicos lo compromisos en favor de las grandes causas, los proyectos a largo plazo y la idea misma de asociación. Se trata de una forma de pensar difusa, que nos afecta más de lo que pudiera parecer a primera vista, y que provoca en nosotros una cierta sensación de agobio y de falta de tiempo ante todo lo que sea sacarnos del ámbito de lo privado.

4. Algunas propuestas a tener en cuenta.

El Papa Juan Pablo II nos ha hablado de “el nuevo estilo de colaboración entre sacerdotes, religiosos y fieles laicos”, de “la partici-

*Faltan medios
para poner en
práctica esta
relación pres-
bíteros-laicos*

pación activa en la Liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y en la catequesis”, de “los múltiples servicios y tareas confiados a los fieles laicos asumidos por ellos”, del “florecer de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y de compromiso laicales”, de “la participación más amplia y significativa de la mujer en la vida de la Iglesia”, pero al mismo tiempo señala las limitaciones que existen y las dificultades que impiden que dicha participación activa alcance el mínimo deseable³⁰.

Hemos partido de la hipótesis de que relación no satisfactoria entre presbíteros cristianos laicos no consiste en que falten las ideas ni la buena voluntad. Consiste más bien en que nos faltan los medios adecuados para ponerla en práctica, verificarla día a día sobre la marcha y corregirla desde la experiencia vivida.

Si tenemos claras las ideas y si existe buena voluntad por parte de todos, hay que analizar las causas objetivas de que, en la actividad pastoral, no se haya llegado a una integración más satisfactoria de presbíteros y seglares; y de que la inserción secular de los cristianos laicos avance de forma muy lenta si es que realmente avanza. Proponemos las siguientes reflexiones.

4.1. A partir del Pueblo de Dios como sujeto unitario de la misión. La cuestión que debemos abordar es cómo conseguir que estas ideas calen más profundamente en los cristianos y se lleven a la práctica con mayor decisión. Es decir, cómo lograr que tengan resonancia práctica en las parroquias, la expresión más visible e inmediata de la Iglesia, su localización última, al ser “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”³¹.

Consideramos que existen tres elementos objetivos que pueden ayudar a profundizar en esta conciencia y a darle cauce. En primer lugar, un proyecto Pastoral Diocesano que vertebre la vida de la parroquia su plan de trabajo. Sería la forma de ir enrolando a los cristianos laicos para poder llevarle a la vida y de evitar que cada nuevo párroco tratase de inventarse un plan a medida de sus preferencias o ideologías.

³⁰ JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 2.

³¹ *Ibid.*, 26.

La existencia de directorios de pastoral, que eviten que cada párroco siga su propio camino en cuestiones tan serias como sacramentos de la iniciación cristiana, las catequesis, la pastoral prematrimonial y familiar.

El funcionamiento de los arciprestazgos, como ámbito de programación conjunta, de ayuda mutua, de revisión y estímulo para las parroquias con menos medios. Son también el ámbito adecuado para la posible y necesaria adaptación de los proyectos diocesanos y de las líneas de acción de los directorios.

Estos tres elementos pueden ser las condiciones mínimas necesarias para que se vayan desarrollando dentro de la comunidad parroquial los diversos ministerios y para que los seglares que se han responsabilizado de ellos no se limiten a ser los meros ejecutores de las tareas que les encomienda el párroco. Aparte de que todo Proyecto Diocesano requiere el esfuerzo de todos, los diversos encuentros para programar y revisar con seglares de las otras parroquias son medios muy válidos para el crecimiento de quienes han asumido las diversas tareas y ministerios en la parroquia.

4.2. A partir de la diferencia esencial entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común. Hace ya tiempo que se habla del riesgo de cierta "tendencia a la 'clericalización' de los fieles laicos"³². Bajo este término pueden caber cuestiones tan diversas como un determinado estilo un tanto difuso, que se denomina clerical³³; la afición a usar vestimentas litúrgicas y a realizar alguna tarea litúrgica; o el desempeño de tareas que corresponden al ministerio ordenado, con el "riesgo de

Superar el riesgo de la clericalización de la laicos

³² JUAN PABLO II., *Christifideles laici*, 23.

³³ Según un artículo reciente del cardenal R. Etchegaray, aparecido en la revista semanal Alfa y Omega, se habla de clericalismo "cuando el ministerio (episcopal o presbiteral) se hincha en lugar de deslizarse con sordina como un servidor atento; cuando un sacerdote proyecta su sombra sobre un feligrés, dando la impresión de que le deja en libertad; cuando un equipo sacerdotal se apoya solamente en un grupo de laicos, que funciona con su misma lógica; cuando un puñado de cristianos se comporta como si fuera el único en una comunidad que está llena de coloraciones y matices diferentes; cuando alguien considera a los demás como incapaces; cuando se hace obligatorio lo facultativo; cuando solo se da confianza a alguien, en la medida en la que refuerza las ideas propias; cuando se prefieren las palabras a las cosas y las cosas a las personas". Alfa y Omega, 25-XI-97, n° 89, pág. 99.

crear de hecho una estructura eclesial de servicio paralela a la fundada en el sacramento del orden”³⁴.

La reciente “Instrucción sobre algunas cuestiones acerca colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes”, presentada el 13 de Noviembre, recuerda las pautas de conducta a seguir. Por eso, no nos vamos a detener en esta cuestión, que puede tener su incidencia en alguno de los llamados “nuevos movimientos”.

Sin embargo, existe también una cierta tendencia del presbítero a ocupar el espacio de los cristianos laicos. Nos referimos concretamente a las asociaciones de seglares que están dirigidas por presbíteros.

La misma escasez de presbíteros debería llevarnos a revisar si algunas tareas que desempeñamos los presbíteros sin que nos pertenezcan por el sacramento del Orden, no podrían ser desempeñadas por los cristianos laicos.

4.3. *A la luz de la Iglesia comunión.*

Como dijimos antes, la raíz de la comunión fraterna es la participación sacramental en la vida trinitaria. Difícilmente podrá existir una verdadera comunión fraterna en las comunidades cristianas si languidece el trato amistoso con el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Por consiguiente, deseamos articular la complementariedad sacerdote-cristiano laico en la vida de la Iglesia y en su inserción secular, hay que comenzar por este capítulo. Los recursos a la psicología y a las técnicas para el funcionamiento de los grupos son necesarios, pero nunca podrán sustituir una vida de fe sólida.

Esto quiere decir que la recta articulación de los diversos carismas y ministerios comienza por el crecimiento en la fe y por disponer de los medios necesarios: el aprendizaje de la oración, el proyecto personal de vida, el acompañamiento en la fe, la práctica sacramental. Si esta experiencia interior falta, podremos hablar de un grupo bien integrado, y todo lo más de una ONG, pero no de una comunidad cristiana.

En segundo lugar, la comunión siempre será provisional y estará en continuo movimiento. Cuando se trata de personas, no existen realidades ni situaciones estáticas. Y el diálogo es un componente impres-

³⁴ Ibidem.

cindible. De ahí que los elementos objetivos necesarios para ensamblar los diversos ministerios y carismas son los consejos parroquiales: el consejo pastoral y el consejo de economía'. Si falta uno de ellos o ambos, es difícil que pueda hablarse de una comunidad participativa y en comunión auténtica.

Y junto a estos dos consejos, otras organizaciones que faciliten el diálogo: grupo de catequistas, de Cáritas, grupo de pastoral de enfermos, comisión parroquial de acción Católica... Aunque cueste ponerlos en funcionamiento y tengan que estar remodelándose continuamente, van creando conciencia de que estamos llamados a ser comunidad y a vivir en comunión, pues Iglesia somos todos, y todos tenemos algo que aportar y mucho que recibir.

En cualquier caso, la comunión no es posible cuando se trata de una masa amorfa. Para realizarla, hay que promover la personalización de la fe y la participación responsable. Si estas faltan, habrá masa pero no comunidad.

4.4. Desde la perspectiva de la misión.

"Todos y cada uno de los miembros de nuestras comunidades han de tomar conciencia de la urgente necesidad (...) de la misión y (de la) correspondiente responsabilidad de participar activamente en la única y común misión de la Iglesia. Todos sin exclusión. Lo hace necesario la existencia de católicos no evangelizados, que no viven lo que creen o no anuncian lo que viven, de creyentes alejados de la comunidad eclesial y de no creyentes en nuestra sociedad y en otros pueblos, países todos de misión"³⁵.

Esta propuesta de la CEE plantea tres cuestiones básicas: que sujeto de la misión es toda la comunidad; que urge tomar conciencia de que necesitamos desarrollar una actitud más misionera; y que el objeto de la misión está dentro y fuera de la Iglesia.

También en este punto podemos afirmar que se trata de ideas muy compartidas. "La nueva evangelización" corre el riesgo de perder su inicial fuerza provocadora para convertirse en una especie de decora-

La nueva evangelización corre el riesgo de convertirse en decorado de la actividad

ESTUDIOS

³⁵ CEE, *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 32.

do teórico con que adornamos la actividad de siempre. No nos falta ni la teoría ni la buena voluntad, pero no acabamos de vislumbrar las posibilidades concretas.

Quizá habría que empezar por ofrecer a los cristianos laicos una formación integral más profunda. Y hay que reconocer que en este campo se están dando pasos muy valiosos: escuelas de Biblia, escuelas de agentes pastorales, Institutos de Ciencias Religiosas, escuelas de oración, escuelas de catequistas. Pero hay que cuidar que la formación que impartimos tenga el necesario carácter kerigmático para llevar a la acción.

Otra posibilidad que ya está funcionando en muchas Diócesis, con notables resultados, es la catequesis de adultos bien planificada y de carácter catecumenal. Aunque lo difícil es disponer de buenos animadores que vayan acompañando el proceso catequético del grupo y de cada uno de sus miembros.

En tercer lugar los movimientos apostólicos de Acción Católica, con sus procesos de formación a través de la acción y sus diferentes cursillos. La CEE ha optado por ella, pero no acaba de arrancar. Y la dificultad mayor que encontramos en algunas Diócesis es la disponer de personas preparadas que den cohesión y dinamismo a los equipos.

Finalmente, desearíamos resaltar el papel de la familia en la transmisión de la fe. Aunque la fe que se recibe en su seno sea una fe incipiente que luego hay que cultivar en la catequesis parroquial. El Papa Juan Pablo II no cesa de repetirnos que “la familia es el primero y más importante camino” de la Iglesia³⁶, y que “los planes de pastoral orgánica, a cualquier nivel, no deben prescindir nunca de tomar en consideración la pastoral familiar”³⁷.

4.5. *En el mundo, donde la Iglesia se hace sierva de los hombres.*

El Papa Juan Pablo II resumía, en la homilía conclusiva del Sínodo de 1987, esta presencia con las siguientes palabras: “He aquí al fiel laico lanzado en las fronteras de la historia: la familia, la cultura,

³⁶ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, 2.

³⁷ JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 70.

mundo del trabajo, los bienes económicos, la política, la ciencia, la técnica, la comunicación social, los grandes problemas de la vida, de la sociedad, de la paz, de la ética profesional, de los derechos de la persona humana, de la educación, de la libertad religiosa". El panorama es muy sugerente, pero también lo son las dificultades.

El hecho tan llamativo de las ONGs viene a decirnos, en el fondo, que también fuera de la Iglesia se ha renunciado al compromiso transformador sobre las causas de la pobreza y de la injusticia en favor de una acción directa y concreta sobre los efectos. De alguna manera, las ONGs son el equivalente secular de los "nuevos movimientos" cristianos.

Aunque en este campo existen algunos problemas teóricos importantes —si el compromiso transformador en los ambientes es "lo específico" del apostolado seglar, la discusión "cristianismo de presencia" y "cristianismo de mediación", las condiciones que hacen asumible la teología y la praxis de la liberación...—, la dificultad más seria está en la práctica del compromiso mismo y asumir la modestia de los resultados.

En este campo nos parecen importante cuatro cuestiones que pasamos a señalar. En primer lugar promover los movimientos apostólicos de Acción Católica General y los especializados. En países como Italia siguen teniendo gran vitalidad, con un nuevo modo de situarse en la sociedad. Nuestra experiencia más reciente no puede ser una losa que nos impida abrirnos a las posibilidades de acción en los ambientes y de preparación de cristianos laicos que propicia. Pero tendríamos que ver la forma de que estuviera radicada en las parroquias.

A la hora de echar a andar los movimientos apostólicos, es conveniente preguntarse si todo cristiano por el hecho de ser cristiano, puede ser un buen militante de Acción Católica o por el contrario habría que hacer un discernimiento vocacional también en este campo. Sería algo así como el retrato robot del verdadero militante.

Si el acompañamiento del sacerdote es conveniente siempre, resulta imprescindible para quienes tratan de llevar un compromiso transformador en los ambientes. Por la dureza de la misión y por la necesidad de hacer un buen discernimiento.

Y por fin, para que esta militancia en los ambientes sea posible, tanto cuando se participa en un movimiento asociado como cuando se realiza personalmente, a través del trabajo y de la participación ciu-

El laico cristiano no debe conformarse con cambiar los efectos, sino transformar el mundo

dadana, es necesario conocer la doctrina social de la Iglesia. Sin estos conocimientos, lejos de ser la fe la que guíe nuestros juicios y actitudes en un campo tan complejo, serán nuestras ideologías cuando no nuestros intereses. Uno de los problemas más graves que tiene hoy la Iglesia española es el pluralismo indiscriminado de opciones ideológicas y políticas que existe entre los católicos. Dicho pluralismo indiscriminado es fruto de la falta de discernimiento.

La dimensión pública de la fe queda difuminada ante el temor de que en ella no quepan opciones reales de los católicos. Al desconocer lo que afirma la doctrina social de la Iglesia sobre las diversas realidades y asuntos seculares, todo parece quedar legitimado en nombre de la libertad. Se olvida que los principios, criterios y orientaciones de la doctrina social de la Iglesia, aplicados a la realidad mediante un discernimiento eclesial, dan origen a un proyecto histórico que puede ser concretado desde diversas opciones y mediaciones seculares y políticas. Y todo ello sin menoscabo de la libertad personal de opción por parte de los cristianos.

Tal proyecto facilitaría el que se comprendiera mejor la dimensión secular de la Iglesia y del presbítero, y acentuaría la colaboración y la unidad entre presbíteros y cristianos laicos. Abierto a la libertad de los cristianos en todas las cuestiones opinables, serviría para tomar una conciencia real de que todos (jerarquía y cristianos laicos) pretendemos lo mismo. Y ayudaría también a la sociedad en general a conocer con mayor precisión qué es lo que defienden los cristianos y qué es lo que rechazan en nombre de su fe.

5. Conclusión

Quisiéramos terminar con estas consideraciones: las mayores dificultades para una correcta articulación de sacerdotes, religiosos y cristianos laicos en la tarea pastoral no proceden, a nuestro entender, de que no estén suficientemente analizadas y clarificadas las cuestiones teóricas. Ni tampoco de que falte buena voluntad. Se debe, más bien, a una vida de fe de corte individualista, sin mucha hondura y sin conciencia de ser todos la Iglesia misterio, comunión y misión.

Y en segundo lugar, a que no hemos creado estructuras de acogida y de diálogo ni hemos propiciado las condiciones objetivas que hacen posible y viable la participación más activa de los cristianos laicos.

Es cierto que el sacerdocio ministerial tiene su raíz en la sucesión apostólica, y está dotado de una potestad sacra, la cual consiste en la facultad y responsabilidad de obrar en persona de Cristo Cabeza y Pastor. Y precisamente por eso, el sacerdote debe ser el hombre de la comunión, el que promueve el buen uso y la coordinación de todos los carismas, el que alienta el ejercicio del sacerdocio común por parte de todos cristianos para que la Iglesia sea verdaderamente Iglesia, y el que “desata” cuanto haya que desatar para abrir cauces de participación y de diálogo.

No hemos creado las estructuras que faciliten la participación de los cristianos laicos